

Justo Sierra y la Universidad Nacional, según Edmundo O'Gorman

JAVIER GARCADIEGO

Don Edmundo O'Gorman apenas escribió sobre asuntos de historia moderna y contemporánea de México. Sus temas fueron otros: historia e historiografía coloniales y del siglo XIX y eso llamado "filosofía de la historia". Acerca de los tiempos más recientes escribió una breve reflexión sobre la historiografía de la Revolución mexicana,¹ unas provocadoras páginas en un notable ensayo reciente (*México, el trauma de su historia*) y un célebre ensayo sobre el papel de Justo Sierra en la fundación de la Universidad Nacional de México. Las motivaciones que lo orillaron a escribir este último son obvias: por un lado, su admiración por Sierra; por el otro, su amor a la institución.² La coyuntura en que fue publicado nos permite aventurarnos sobre su fecha de redacción: a finales del decenio de los cuarentas, lo que da a su tesis una edad mediosecular.³

¿En que consiste la tesis de O'Gorman sobre los orígenes de la Universidad Nacional? ¿En qué circunstancias históricas surgió ésta, a juicio de don Edmundo? ¿Cuáles fueron las causas, y cuáles sus objetivos? El célebre y polémico historiador no deja lugar a dudas: más que de una fundación, se trató de la "recreación" de una institución; además, asegura que tal "fue obra" de Sierra, de cuyas manos "salió" la Universidad Nacional en 1910, transformando la "ausencia" en "presencia". Dicha "ausencia" había sido poco prolongada, y motivada por intereses políticos. Durante el siglo XIX los gobier-

nos liberales consideraron una "obligada muestra" de sus convicciones suprimir la universidad, heredera de la Nacional y Pontificia, como para los conservadores reinstalarla era igual signo de lealtad a sus principios. Por ello O'Gorman la llamó "ave fénix" cuyo milagro poligenésico fue repetido en un par de "muertes y resurrecciones", aunque lo cierto es que la primera desaparición fue efímera —con Valentín Gómez Farías en 1833— y la segunda fue prolongada, con pretensiones de ser una decisión definitiva, a partir del triunfo de la República Restaurada, en 1867.

El cumplimiento de esa costumbre política fue roto por el paradójico emperador Maximiliano, liberal "encaramado en un trono conservador", cuyas ideas sobre la instrucción pública son un claro antecedente de las que luego sostendrían "los liberales del porfirismo".⁴ Su propuesta era "de buena fe" pero implicaba un pecado político. Lo mismo podría decirse de Justo Sierra, quien condenó a sus antecesores, los liberales, en concreto a Gómez Farías y a José María Luis Mora, pues con la supresión de la universidad en 1833 intentaron "mejorar destruyendo en lugar de transformar mejorando". Lo que les reclamó Sierra es que no hubieran creado, para sustituir a la vetusta institución colonial, una universidad "nacional y eminentemente laica". Su crítica a los liberales mexicanos por identificar a toda universidad con la reacción es contundente: le parece una medida "apenas pensada".⁵

El mayor esfuerzo en la vida de Sierra fue, precisamente, revertir tal postura; así, se afanó obsesivamente en crear ese tipo de universidad, pues era la institución que mejor encabezaba "los esfuerzos colectivos de la sociedad moderna para

¹ Publicado originalmente en el tomo dedicado a la Cultura, de la conocida obra conmemorativa *México cincuenta años de revolución*, y reeditado en *Seis estudios históricos de tema mexicano*, Universidad Veracruzana, Xalapa, 1960, pp. 203-220.

² Si *La invención de América* (1958) está dedicada a la UNAM "con gratitud y amor", *México, el trauma de su historia* (1977), también se lo dedica, "con filial gratitud", llamándola "madre pía".

³ Por esos años O'Gorman trabajó sobre la obra de Sierra, como lo prueban las anotaciones a la *Historia de la Antigüedad* y a la *Evolución política del pueblo mexicano*, tomos X y XII de las *Obras completas*, publicadas por la UNAM en 1948.

⁴ O'Gorman sostiene que las ideas educativas de Maximiliano no sólo eran liberales, progresistas, sino también semejantes a las sostenidas por el Positivismo, tanto por el papel que asignó a las ciencias como por el que dio a la filosofía y a la metafísica, a la cual proscribía.

⁵ Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano* (tomo XII de las *Obras completas*), UNAM, México, 1948, p. 207.

emanciparse integralmente del espíritu viejo".⁶ Al margen de numerosas diferencias substantivas con los liberales, los positivistas, que dominaron el sistema nacional de instrucción pública superior desde 1867, también fueron contrarios al establecimiento de una universidad, tanto por conveniencias políticas como por principios doctrinales. Esto hace más admirable el esfuerzo de don Justo, pues era un miembro destacado —canonizado, dice O'Gorman— del grupo de positivistas mexicanos.⁷ Su lucha, por lo tanto, no fue sólo pedagógica sino también política. Si bien no se puede coincidir con O'Gorman respecto al carácter de Sierra como jerarca del positivismo mexicano, pues siempre fue cuestionado por los más ortodoxos como un pensador ecléctico, falto de disciplina doctrinaria,⁸ es de compartirse la admiración que profesa a don Justo, pues su lucha por la fundación de la Universidad Nacional implicó serios distanciamientos de sus principales compañeros políticos e intelectuales, ya fueran liberales o positivistas.

Es indiscutible que la época "de oro" del positivismo fue la República Restaurada, pues entre 1877 y 1880 surgieron algunas críticas importantes, que buscaban sacrificar la directriz teórica general en aras de estudios especializados y prácticos; fue entonces cuando se dio la polémica en torno al libro de lógica que debía usarse en la Preparatoria —el del positivista Bain o el del krausista Tiberghien—, y cuando el ministro Ezequiel Montes propuso una nueva ley de instrucción pública, abiertamente antipositivista.⁹ Ante la presión de la opinión pública, mayoritariamente católica, el gobierno prefirió disminuir el dominio positivista en la educación media y superior del país. Incluso en la cámara de diputados se propuso la supresión de la Escuela Nacional Preparatoria, alegándose que cinco años eran demasiados para brindar a los jóvenes tan sólo una enseñanza general, cuando que lo que se requería era una rápida especialización. Es un hecho que el positivismo pasó momentos de apuro, pues don Porfirio buscaba con denuedo la estabilidad política, alcanzable con consensos ideológicos pero no con polémicas doctrinarias.

Según Edmundo O'Gorman, el joven diputado Sierra presentó intempestiva y sorpresivamente su proyecto de crea-



ción de una universidad, a principios de 1881,¹⁰ buscando neutralizar el impacto de tales propuestas antipositivistas. En su proyecto Sierra proponía una universidad positivista y dependiente del gobierno aunque con independencia académica; el objetivo era preservar al positivismo en una institución importante, por si acaso prosperaban los ataques contra la Preparatoria, y conservar la confianza y simpatía de la mayoría de las autoridades. La demanda de independencia académica era clave, pues protegía al positivismo de los ataques de los políticos y funcionarios en turno. Así, en resumen, O'Gorman sostiene que el proyecto universitario de Sierra de 1881 buscaba "la salvación del positivismo mexicano".

La tesis de O'Gorman, casi cincuenta años después de haber sido formulada, muestra ya algunas fisuras. Por un lado, dado que eran numerosos los diputados positivistas, es de preguntarse ¿por qué no tuvo un mejor destino tal proyecto? En rigor, el proyecto de Sierra de 1881 no podía ser apoyado por los diputados positivistas, y tampoco por los más claramente liberales, pues ambos eran enemigos de la reapertura de la universidad. Esto es, los diputados positivistas no estaban de acuerdo en que para defender al positivismo se requería fundar una universidad. Además, el sistema educativo adolecía todavía de graves deficiencias en los niveles previos, por lo que la creación de tal institución resultaba superflua, inútil. Por último, sería erróneo políticamente, pues aquéllos eran tiempos de reconciliación y no hubiera sido oportuno reactivar explosivos y añejos conflictos ideológicos. El mismo O'Gorman reconocía lo riesgoso que era atribuirle a Sierra en 1881 tales objetivos políticos, pues finalmente no era sino un diputado de poco más de treinta años, en busca de una redefinición de sus

⁶ *Idem.*

⁷ Para conocer los aspectos biográficos de Sierra véase la obra de Claude Dumas, *Justo Sierra y el México de su tiempo*, 2 vols., UNAM, México, 1986.

⁸ Según Agustín Aragón, último apóstol del positivismo mexicano, Sierra era "un metafísico que quiere a ratos seguir los senderos de la ciencia y a ratos sonríe a la teología", por lo que lo acusa de "falso positivista" que "ignora las doctrinas positivistas". Cfr. Juan Hernández Luna, "Sobre la fundación de la Universidad Nacional", en *Historia Mexicana*, vol. XVI, núm. 3, enero-marzo 1967, pp. 368-381.

⁹ El mejor y más reciente estudio sobre el tema es el de Charles Hale, *La transformación del liberalismo en México a fines del siglo XIX*, Editorial Vuelta, México, 1991. Obviamente, también debe consultarse el libro ya clásico de Leopoldo Zea, *El positivismo en México*, Fondo de Cultura Económica, México, 1968.

¹⁰ En febrero lo publicó en su periódico, *La Libertad*, para que fuera conocido por la opinión pública, y el 7 de abril lo presentó oficialmente en la Cámara de Diputados.



alianzas políticas. Por ello sostiene también que su primer propuesta para recrear la universidad nacional fue una “ocurrencia... peregrina”, pues “ni la doctrina a la moda, ni los intereses políticos dominantes parecían exigir esa novedad”. A pesar de lo dicho por O’Gorman, no es creíble que Sierra fuera un hombre de “ocurrencias peregrinas”. Entre esto y salvar al positivismo media un abismo.

Uno de los objetivos de O’Gorman fue comparar y distinguir los proyectos de 1881 y 1910, a partir de la respectiva postura filosófica y pedagógica de Sierra, para explicar así la fundación universitaria de 1910. Sin embargo, lo cierto es que no comparó las diferentes circunstancias nacionales de 1881 y 1910, que es donde radica la posible explicación de dicha fundación. Claro está que los proyectos son distintos, pues los separan treinta años: si al principio Sierra era un “doctrinario de hueso colorado”, a pesar de sus innatas preocupaciones metafísicas y religiosas, a partir de 1895 se distanció del “círculo encantado del dogma positivista”. No era sólo el abandono de un credo filosófico determinado, sino que Sierra llegó a sostener que a principios del siglo XX el mundo se había “transformado en otro mundo”, quedando todo en duda, cuestionado, negado.

Al margen de los cambios sufridos por Sierra, la creación de la Universidad Nacional, en septiembre de 1910, dependió de la nueva situación nacional en materia educativa. A diferencia de la de 1881, ahora ya se podía coronar un sistema que había hecho grandes avances durante esos treinta años.¹¹ Sin embargo, según O’Gorman, si en 1881 Sierra había buscado salvar al positivismo, en 1910 pretendió “abrir posibilidades frescas para tratar de comprender lo humano”, corrigiendo, expresa y definitivamente, “la ruta trazada por el positivismo”. En resumen, para don Edmundo lo que Sierra buscaba en 1910 era superar

el positivismo, con lo que la fundación de la Universidad Nacional sería resultado de la apostasía filosófica de un ministro.

Vista así, la creación de la Universidad Nacional sería, simplemente, una respuesta institucional al desgarramiento filosófico sufrido por Justo Sierra. A casi cincuenta años de distancia la tesis de O’Gorman sigue siendo respaldada por un número considerable de alumnos y simpatizantes.¹² La primera hipótesis alternativa surgió no hace mucho, cuando se afirmó que dicha fundación tenía por objeto modernizar la educación superior del país, con vías a agilizar su desarrollo económico.¹³ Con todo, lo cierto es que el proyecto de Sierra de 1910 excluye abierta y claramente el estudio de carreras industriales, como las ciencias químicas, así como las de naturaleza administrativa. En palabras de Sierra, la Universidad Nacional no podría dedicarse a estudios “concretos y utilitarios”, como tampoco a “industriales”.

Dado que no parece verosímil la conjetura de que en 1910 Sierra buscaba superar el positivismo, y dado que tampoco es aceptable la hipótesis de la fundación de la universidad como herramienta para aumentar el desarrollo económico nacional, ¿cuál fue el verdadero motivo de su fundación? Si O’Gorman acepta que las muertes y resurrecciones de la institución a lo largo del siglo XIX tuvieron razones políticas, y si acepta que éstas también determinaron el intento de 1881, ¿por qué no aceptar que las motivaciones de 1910 fueron asimismo políticas? En efecto, hoy parece claro que dicha fundación obedecía más a la coyuntura político-diplomática que a demandas académicas o a transformaciones socioeconómicas, pues el objetivo

¹² Véase por ejemplo a Gloria Villegas, “La Universidad de Justo Sierra y la Revolución”, en *Memoria del primer encuentro de historia sobre la Universidad*, UNAM, México, 1984, pp. 76-106.

¹³ Lía García Verástegui, *Del proyecto nacional para una universidad en México, 1867-1910*, UNAM, México, 1984.

¹¹ El más reciente estudio sobre el tema es el de Mílada Bazant, *Historia de la educación durante el porfiriato*, El Colegio de México, México, 1993.

de don Porfirio era darle realce y solemnidad a los festejos por el centenario de la Independencia, y demostrar que México era un país civilizado, de orden y progreso.

Los objetivos político-diplomáticos se confirman al constatar que Sierra y sus colaboradores dedicaron más tiempo y esfuerzos a los preparativos protocolarios que a la elaboración del proyecto mismo.¹⁴ Las finalidades políticas se ratifican por el otorgamiento de dos tipos de grados honoríficos durante la ceremonia inaugural: uno para sus mejores académicos, y otro para estadistas. Asimismo, en términos nacionales se buscó complacer a positivistas, católicos e intelectuales provincianos; el objetivo obvio era la conciliación de ideologías y no el ajuste de cuentas con determinada postura filosófica.

Además, no debe sobreestimarse el peso y tamaño de la institución fundada: más que una universidad, lo que en verdad se creó fue tan sólo una pequeña oficina rectoril para que dirigiera, de manera limitada pues no había autonomía, las escuelas profesionales existentes —Ingenieros, Jurisprudencia, Medicina y Bellas Artes, sección arquitectura—, así como la Preparatoria y la novedosa Escuela de Altos Estudios. O'Gorman no sólo sobreestimó la dimensión real, inmediata, de la institución fundada, sino que sobrevaloró el papel del propio Sierra. Hoy resulta evidente que el proyecto universitario de 1910 fue obra, básicamente, de don Ezequiel Chávez,¹⁵ a quien ni siquiera menciona don Edmundo.

O'Gorman sostuvo que la fundación de la Universidad Nacional fue un golpe severo al positivismo, credo filosófico ya en crisis y del que Sierra se había alejado hacía más de diez años. Si el objetivo era sólo darle cobijo a la filosofía, hubiera sido suficiente, y más fácil para el célebre ministro porfiriano, la creación de una escuela como la de Altos Estudios. Sin embargo, ello no hubiera sido lustroso, lo que confirma que el móvil fue más político que académico. Sobre todo, una revisión cuidadosa de la situación real de la Universidad Nacional al momento de su creación desmiente la hipótesis del supuesto ataque fiero al positivismo. Las escuelas profesionales conservaron inalterados sus planes y programas de estudio, esencialmente positivistas, y como directores de las secciones fundamentales —la Preparatoria y la Escuela de Altos Estudios— fueron designados dos destacados positivistas ortodoxos, Manuel Flores y Porfirio Parra. Por otra parte, el primer rector, Joaquín Eguía Lis, era un ferviente católico, y el primer secretario, Antonio Caso, era el mejor representante de las nuevas corrientes filosóficas, claramente espiritualistas, lo que prueba el carácter conciliador de Sierra. Más que una actitud de enterramiento, abiertamente antipositivista, en 1910 prevaleció un espíritu fundacional y conciliador.¹⁶

Si la conciliación fue la característica que dominó la actitud vital y la postura intelectual de Justo Sierra, no puede decirse lo mismo de O'Gorman: fue siempre un hombre de polémicas y controversias; en sus escritos históricos prevalece el estilo del litigio, del pleito. Ya anciano, poco antes de su muerte, seguía buscando enfrentamientos. Nunca rehuía un combate. Con esta crítica a uno de sus muchos trabajos se es más fiel a su espíritu que con una serie de elogios, de otra parte todos merecidos. No puedo despedirme de don Edmundo deseándole que descanse en paz, pues O'Gorman no nació para descansar, y menos aún para estar en paz. Nació para hacer historia, para inventarla, y nosotros para intentar hacerla con rigor, imaginación y garra polémica, tal como don Edmundo exigía que se hiciera. ♦



¹⁴ Archivo Histórico UNAM, Fondo Universidad Nacional, Ramo Rectoría, caja 2, folder 33.

¹⁵ Leticia Chávez, *Recordando a mi padre*, 10 vols., Asociación Civil Ezequiel A. Chávez, México, 1964. Juan Hernández Luna, *Ezequiel Chávez, impulsor de la educación mexicana*, UNAM, México 1981.

¹⁶ Javier Garcíadiago, *Rudos contra Científicos. La Universidad Nacional durante la Revolución Mexicana*, El Colegio de México, México, 1996.